

Ignacio Sarmiento

La protesta neoliberal. Guatemala en la era de la postsoberanía

Tulane University, New Orleans, EE.UU.

isarmien@tulane.edu

Cuando el presidente de Guatemala Otto Pérez Molina renunció a su cargo, el 3 de septiembre del año 2015, decenas de miles de personas se volcaron a las calles a celebrar su salida tras 19 semanas de protestas pacíficas. La prensa nacional e internacional cubrió el hecho en profundidad y la noticia circuló rápidamente por todo el mundo. No era para menos, puesto que no es frecuente que un presidente en ejercicio, elegido democráticamente, renuncie a su cargo antes de terminar su mandato. La algarabía fue tal, que muchos vieron en la renuncia de Pérez Molina un resabio de la revolución de 1944, que trajo consigo los llamados “diez años de primavera”. Un buen ejemplo de lo anterior es el reportaje del periodista Gustavo Adolfo Montenegro, de *Prensa Libre*, quien tituló su crónica sobre la renuncia del ex mandatario “Crónica de una caída con sabor a 1944”. Hacia el final del artículo, Montenegro señala:

Es imposible no pensar en la caída del general Federico Ponce Vaides, el 20 de octubre de 1944, pues la gente celebra en las calles, se respiran nuevas esperanzas y otro militar es expulsado después de 131 días de clamor popular, sin una sola gota de sangre aunque sí mucho sudor. (S.p.).

Por otro lado, el nuevo presidente interino, Alejandro Maldonado, declaró a la prensa al día siguiente de haber asumido su cargo los paralelos que existían entre su gobierno y el que sucedió a la revolución de los años cuarenta, exaltando que ambos eventos representaban un profundo legado de transparencia en las instituciones públicas (ver “Maldonado compara su Gobierno”).

Las referencias constantes a la revolución de 1944 tienen un objetivo bastante claro dentro del discurso público: establecer la idea de que la renuncia de Pérez Molina representa un indiscutible triunfo de la ciudadanía soberana, la que manifiesta su poder en las calles y que es capaz de ejercer su voluntad aún en los más adversos escenarios. Así, la red de corrupción que quedó al descubierto, y de la cual el presidente y su vicepresidente formaban parte, sólo representaría una mancha en la reciente historia democrática y republicana de Guatemala. Sin embargo, en este contexto de masivo entusiasmo, una serie de preguntas surgen inevitablemente: ¿Qué estaba en juego con la renuncia de Pérez Molina? ¿Qué se pierde y se gana con ella? ¿Hay efectivamente algo revolucionario en las prolongadas manifestaciones que se vivieron en Guatemala? ¿Qué nos dice esta protesta sobre el neoliberalismo y la posibilidad de acción política en el contexto de la economía transnacional? Y finalmente, pero no menos importante: ¿Por qué, a diferencia de otras protestas experimentadas en las últimas décadas, esta sí resultó exitosa?

Para adentrarnos en esta reflexión, y poder responder a las preguntas anteriormente planteadas, debemos comenzar con las profundas transformaciones sociales, económicas y políticas que empezaron a tener a lugar en el país a mediados de los años noventa, principalmente, de la mano de la firma de los Acuerdos de Paz y la instauración del neoliberalismo. Si bien este último comenzó a operar desde los años ochenta, no fue sino hasta la segunda mitad de los años noventa, principalmente bajo el gobierno de Álvaro Arzú, que terminó de implementarse por medio de la masiva privatización de empresas estatales, la promulgación de una nueva ley de minería y grandes recortes de presupuesto en el sector social. Que el neoliberalismo entre con paso firme en el preciso momento en que se firman los últimos puntos del “Acuerdo de paz firme y duradera” (1996) es algo que no debe perderse de vista. Principalmente porque al revisar los acuerdos encontramos un profundo interés por llevar a cabo una refundación nacional, lo que se manifiesta de forma explícita en la voluntad de llevar a cabo un nuevo “consenso social” (“Acuerdo de paz”) orientado a la reconciliación de la comunidad nacional. Sin embargo, la búsqueda del nuevo “pacto social” guatemalteco guarda una intención bastante específica; ésta es, como ha señalado Sergio Villalobos-Ruminott, convertirse en:

[...] una reactualización, al menos simbólica, de las promesas que marcaron el comienzo de nuestra vida independiente, pero ahora en un contexto radicalmente diferente, donde experimentamos un agotamiento de la soberanía estatal y, por consiguiente, su transmutación transnacional y corporativa (26-27).

Esto implica, en otras palabras, que lo que yace escondido tras la firma de los acuerdos en 1996 no es otra cosa que la voluntad de reestablecer el tradicional modelo de dominación. Sin embargo, si en las primeras décadas del siglo XIX este supuesto pacto tácito se encontraba sustentado en el proyecto moderno del Estado nacional, en los últimos años del siglo XX, este se encuentra anclado en la creencia ciega en el capitalismo transnacional como el único camino para alcanzar el anhelado progreso y mejorar la calidad de vida de la población. Que el neoliberalismo como base de la reconfiguración política en Guatemala sea un acuerdo consciente por parte de las partes involucradas se refleja, a mi parecer, en la escasa oposición que tanto los partidos conservadores como los ex guerrilleros presentaron ante los avances finales de la neoliberalización del país. De esta forma, los diversos sectores políticos aceptan que habrá de ser el neoliberalismo quien entregue el soporte para articular el proyecto refundacional de la nación que comienza a instaurarse a partir de la firma de los acuerdos de paz.

El neoliberalismo necesita ser entendido, ante todo, no sólo como un sistema económico, sino también como una ideología bien definida y como un proyecto dominador. Como bien ha señalado David Harvey en su ya clásico *Breve historia del neoliberalismo*, la evidencia demuestra que el llamado “giro neoliberal” coincide con la reconstrucción del poder de las elites económicas. Por lo tanto, podríamos entender el neoliberalismo como “un proyecto político para reestablecer las condiciones para la acumulación del capital y restaurar el poder de las elites económicas” (24). Sin embargo, para que esto pueda ser llevado a cabo de manera satisfactoria, resulta esencial el establecimiento de un consenso en torno a este, ya que no puede limitarse a su imposición autoritaria. En Guatemala, este consenso lo entregó precisamente la firma de los acuerdos de paz y el posterior sistema democrático que comenzó a regir en el país. Ahora bien, en este contexto de refundación nacional, el rol de solidificar una idea de comunidad nacional bajo

la pautas tradicionales resulta clave. Su constitución, contrario a lo que se pensó en un primer momento, no es contraria a los principios rectores del capitalismo global, sino más bien resulta ser un pilar central. En palabras de Harvey:

[...] el Estado neoliberal necesita cierta forma de nacionalismo para sobrevivir. Empujado a operar como un agente competitivo en el mercado mundial y pretendiendo establecer el mejor clima posible para los negocios, el Estado Neoliberal moviliza el nacionalismo en sus esfuerzos por alcanzar el éxito (95).

Lo anterior implica, en pocas palabras, que la reconfiguración nacional que comienza a ocurrir a partir de la firma de los acuerdos de paz no sólo se constituye en un escenario de reinscripción política bajo las pautas tradicionales de dominación, sino que también termina siendo la base para cimentar su incorporación en el mercado mundial de bienes y servicios.

Visto lo anterior es que podemos entender que, en última instancia, lo que está en juego en la lógica imperial del neoliberalismo no es otra cosa que una transformación violenta y radical de la soberanía tal como la entendíamos hasta finales del siglo XX. Bajo el dominio neoliberal, la soberanía se ha desplazado desde su anclaje tradicional en el Estado-nación para situarse en un espacio mucho más nebuloso. Esta nueva forma de dominación ha sido denominada recientemente por Óscar Cabezas como *postsoberanía*, quien la define como la soberanía absoluta del capital, la que se orienta postindustrialmente y se aleja de las economías nacionales como el último espacio de regulación. Así, en el momento en que las economías se insertan dentro del mercado planetario de bienes y servicios, el control sobre la economía local es cedido a una suerte de nuevo Leviatán, que no es otro que el mercado global. La pérdida del control de las economías nacionales trae consigo la desarticulación del Estado moderno tradicional para convertirse en un Estado “postpolítico” que se concibe a sí mismo como una institución despolitizada y libre de ideología. Esta transformación hace que podamos con plena propiedad hablar de un “Estado-Mercado” (Cabezas 15-17). Esto implica que en el marco del neoliberalismo nos enfrentamos a una transformación de la lógica soberana, que ahora se orienta desde directrices imperiales representadas en entidades supranacionales como el FMI y el Banco

Mundial. Esta transformación en la soberanía que establece el “golpe de estado transnacionalizado del capital” (Cabezas 104) termina por posicionar la despolitización y la desideologización como el camino a seguir en aras de alcanzar el anhelado sueño del progreso material y el bienestar social.

Sin embargo, como ya se ha mencionado, el neoliberalismo opera desde la base de la construcción de un cierto tipo de comunidad, la que se concibe a sí misma como un individuo que interactúa activamente en el mercado. Lo anterior implica, si seguimos a Ernesto Laclau, que en su base se haya inevitablemente algún tipo de ideología, la que es la encargada de orientar a dicha comunidad en su propia teleología (ver Cabezas 28-29). ¿Cuál sería, entonces, la ideología que sustenta el neoliberalismo postsoberano? La respuesta es compleja pero podríamos, para efectos prácticos, limitarnos a dos aspectos. Por un lado, habría que destacar la necesidad de llevar a cabo una eliminación discursiva de su propia presencia. Si hay algo que caracteriza al neoliberalismo como ideología es la negación de sí mismo como elemento político. El neoliberalismo es, en boca de sus defensores, nada más que la mejor forma de abordar y relacionarnos con la realidad que nos rodea. De este primer axioma, que imposibilita negar la realidad del mercado y la eficiencia de este en la redistribución de la riqueza, surge un segundo elemento clave, y es el supuesto compromiso con la democracia y la libertad individual. Sin embargo, si bien estos conceptos son recitados como un mantra en el discurso público, debemos entender que poseen un límite claro. Como bien dice Cabezas, “salvo la libertad de oponerse a la ley espectral en el espacio de la diversidad del capitalismo, todo está permitido” (Cabezas 165). En otras palabras, lo que comienza a operar en la supuesta “apertura política” que tiene lugar en Guatemala –al igual que en otros países de América Latina y el mundo– bajo el alero del neoliberalismo, no es otra cosa que el delineamiento de nuevas reglas bajo las cuales todo parece estar permitido, salvo el cuestionar las propias reglas. Su puesta en duda, como veremos más adelante, traerá consigo un altísimo nivel de represión.

Lo anterior ha traído consigo una desconfianza absoluta en la democracia como instancia de representación y acción política. Actualmente, Guatemala posee, según estándares inter-

nacionales, una de las democracias más débiles de toda Centroamérica, aventajando solamente a Nicaragua (ver “BTI 2014 Regional”). Esta situación se fundamenta, entre otras cosas, en la gran rotativa de partidos políticos que han existido en el país en las últimas décadas y en la altísima abstención en cada uno de los procesos electorarios que se han vivido en los últimos años. Esto genera una sensación de plena sospecha con respecto a la democracia, lo que se percibe abiertamente en diversas producciones culturales que han aparecido en los últimos años.

Si bien al respecto existen diversos ejemplos, quisiera detenerme brevemente en la novela *Limbo* (2011), del escritor Javier Payeras. A mi parecer, esta obra es muy clara a la hora de sumergirnos en la atmósfera de hastío que rodea a la democracia guatemalteca, desde donde emerge una reflexión crítica en torno a la situación política del país en el marco de la llamada postsoberanía.

El título de la novela deriva de la sensación que trasciende toda la obra, la de encontrarse en un “limbo”, en un estado que no termina nunca de transformarse ni de acontecer. Es por lo mismo que una de las primeras cosas que nos percatamos al comenzar la lectura de esta obra es su explícita intertextualidad con el famoso relato “La metamorfosis” de Franz Kafka. La novela comienza de la siguiente forma:

Una luz digital parpadea números de color verde. Mi mano surge de las sábanas. Parezco un muerto recién enterrado en un sueño largo donde era un repugnante bicho. Un Gregorio Samsa. Es difícil y contradictorio soñarse dentro de un libro de Kafka. (Payeras 9).

Sin embargo, a diferencia del relato del escritor austro-húngaro, en que el personaje amanece una mañana de su monótona vida transformado en un insecto, la novela de Payeras busca narrarnos el día anterior a la transformación. Este día previo a la metamorfosis es justamente el 4 de noviembre del año 2007, día de la elección presidencial en Guatemala.¹ Así, la

¹ Si aceptamos que la novela se detiene en un día específico de la “realidad” nacional, habría que precisar que dicha fecha corresponde a la segunda vuelta de la elección presidencial del año 2007. Esta elección fue calificada por John Booth (et al.) como la más violenta en la historia reciente del país. En ella se enfrentaron, en la primera vuelta, 14 candidatos a la presidencia de la república (ver 191). En la segunda vuelta, la disputa fue entre Álvaro Colom, quien

novela no sólo se constituye como una suerte de diario del último día de vida de un hombre antes de convertirse en un insecto, sino que narra, más bien, una atmósfera determinada que rodea un lugar específico, Guatemala, y que termina por ser la responsable de la transformación del narrador en insecto. Por medio del rescate del texto de Kafka la novela de Payeras nos adentra en un mundo donde prima lo absurdo y donde la cotidianidad se ha apoderado del sentido último de la vida. La atmósfera que recubre todos los espacios de la novela está inundada por la desazón, la apatía y el hastío. Sin embargo, la obra es muy explícita a la hora de marcar una ruptura con lo que, en el marco de la crítica centroamericanista de los últimos años, ha tendido a ser el carácter explicativo de la producción reciente: el desencanto.² La novela señala:

Pasaron los años del desencanto, ahora importa atender a las cosas urgentes: como aprender a convivir. Convivir con lo extraño, con lo inconcluso, con eso que jamás resulta. ¿Para qué darle vueltas y vueltas a lo mismo y no asumir las contradicciones como una ventaja sobre el orden, sobre lo racional en la vida. (Payeras 45).

Por medio de esta alusión, la novela intenta posicionarse desde una trinchera de pensamiento crítico en la cual el foco no parece estar en las lamentaciones ni fracasos de las fallidas experiencias revolucionarias, sino, más bien en insertarse dentro del nuevo espacio que ha emergido como consecuencia de las firmas de los Acuerdos de Paz. Por lo mismo, si bien se podría afirmar que esta novela se ubica desde una posición de “denuncia”, creo que lo más atractivo de esta obra es su esfuerzo por reconstruir una atmósfera que sea capaz de permeear toda la narración y que nos haga sentirnos parte del espacio en que habita el relato.

resultó electo con un 52.82%, y Otto Pérez Molina, quien fue derrotado con un 47.18%. Como sabemos, Pérez Molina tendría su revancha en la elección siguiente y terminaría renunciando a su cargo tras una prolongada protesta.

² La idea del desencanto ha sido una de las más recurrentes para analizar y entender la situación centroamericana a partir de la década de los noventa. En síntesis, significa que tras el fracaso de los proyectos revolucionarios en Guatemala, El Salvador y Nicaragua, una oleada de desencanto habría marcado no sólo la política de la región, sino también, su producción cultural (principalmente literaria). La formulación estética con respecto al desencanto más extendida hoy en día es la de Beatriz Cortes, quien señala que esta daría paso a una “estética del cinismo”, la que

Ahora bien, ¿cómo es la atmósfera que construye el relato? Lo primero que habría que señalar es la desconfianza absoluta en el sistema democrático como camino de acción política. El narrador nos deja muy en claro su visión desde las primeras páginas cuando señala:

Por democracia se entiende que habrá muchos espectáculos, pero que el precio de la entrada será muy alto. Aquí no sabemos nada sobre tomar decisiones. Los guatemaltecos somos las eternas víctimas de las circunstancias, creemos que lo mejor es hacer que otro se equivoque por nosotros ... El ejercicio de la pseudo-democracia se convierte en una de las tantas andas procesionales de Semana Santa. Abrazamos el sufrimiento con plena convicción de que no existe nada mejor que el sufrimiento. (Payeras 17).

Esta cita hace explícita la desconfianza en un sistema democrático que ha sido reconfigurado hace muy poco tiempo y que, como ya hemos dicho, se ha caracterizado por ser uno de los más ineficientes de la región. Pero por otro lado, Payeras nos deja muy en claro que el carácter de la democracia guatemalteca se constituye de forma muy similar a un rito religioso, vale decir, es una *performance* reiterada que no trae consigo transformación alguna. A mi juicio, esta es la idea que encierra la comparación de la democracia con las procesiones de Semana Santa, puesto que la democracia ha terminado por convertirse en un rito sagrado cuyo mayor rol es el de existir en tanto rito. De esta forma, la democracia equivale al vía crucis guatemalteco, es un recorrido de sufrimiento y de agonía que promete desembocar en la resurrección, pero que sin embargo, no logra jamás superar su estatus de representación. Así, se transforma en puro sufrimiento sin redención. En otras palabras, al equiparar la democracia como sufragio a las festividades de Semana Santa, el narrador nos expone abiertamente el carácter de espectáculo que este encierra. Al ser un espectáculo, “donde la entrada es demasiado cara para poder entrar”, los votantes, aquellos que llevan a cabo la procesión del rito, deben aceptar su papel dentro de la función. Cumplir con su rol, irse a sus casas, y reaparecer para la próxima elección a repetir el rito.

Justamente, lo que anima al narrador-protagonista de la novela a recorrer la ciudad en el día de elecciones es encontrar un sentido a lo que está ocurriendo, busca entender “toda la

parafernalia politiquera y demagógica que nos ha invadido de cancioncitas” (Payeras 15). Pese a que no podrá votar en las elecciones, puesto que le han robado la billetera con todos sus documentos recientemente, el personaje sale a las calles en busca de respuestas. Quiere entender y dotar de sentido a un acto que parece no poseer mayor importancia que su repetición periódica. Sin embargo, en su constante deambular, no logra encontrar las respuestas que busca, sino entiende, más bien, que se encuentra en un espacio amurallado que lo contiene, la ciudad de la que nunca ha salido, el que a su vez, se ha constituido como un parque temático, como un simulacro. En sus palabras:

Un parque temático es eso, cuando fallan las ideas y la originalidad ... En un parque temático vemos imitaciones de las pirámides egipcias, canales de agua clorada que asemejan Venecia ... Pues, bueno, ese es el diseño de la ciudad de Guatemala. (Payeras 36).

La mención al parque de diversiones como simulacro no deja de ser una reflexión contingente sobre el estado de la democracia en el país. Puesto que precisamente lo que el narrador nos deja en claro es que no es sólo la ciudad la que posee esta condición, sino también todo lo que lo rodea. Esta es sin duda la gran atmósfera que inunda el relato. Todo se limita a una imitación, a un simulacro.

Lo anterior nos remite sin duda al texto ya clásico de Jean Baudrillard, *Cultura y simulacro* (1978), donde precisamente ubica al parque de atracciones como el símbolo mismo del simulacro. Para Baudrillard esto se entendió originalmente como fingir tener lo que no se tiene. Sin embargo, en la época actual, termina por convertirse en la anulación de todos los referentes. Para el pensador francés el simulacro se constituiría como “una suplantación de lo real por los signos de lo real, es decir, de una operación de disuasión de todo proceso real por su doble operativo” (7). Esto implica, en otras palabras, que entender la democracia representativa neoliberal que tiene lugar en Guatemala, siguiendo lo expuesto por Payeras, sería concebirla precisamente como una acción que suplanta cualquier posibilidad de lo “real” en la política. A mi juicio, esta es la gran conclusión de la novela de Payeras: el ser capaz de darse cuenta del carácter

de simulacro que posee el ejercicio político, vía democracia, en la Guatemala contemporánea. Puesto de otra forma, podríamos decir que el carácter de simulacro de la democracia a la que alude Payeras se revela en el preciso momento en que se asume la imposibilidad de cuestionar la ley del padre del mercado neoimperial. Cuando esto ocurre, el narrador de la novela comienza un colapso interno en el que la desesperación lo inunda por completo:

Creo que estoy acumulando demasiada ciudad. Demasiado hastío de esta ciudad. Me siento enfermo de tanta saturación derramada en todas las esquinas de este lugar. Este limbo. Ni cielo, ni infierno. Nada del todo. Una enorme planicie. Eso. (Payeras 68).

Esta descripción es el instante de pleno reconocimiento del simulacro en el que habita. A partir de allí, se termina de perder en ese limbo que lo inunda todo y del cual resulta imposible escapar.

Así, pese a los intentos por parte del protagonista por suspender y evitar la transformación – lo que sería su último acto de resistencia–, en la última entrada de la obra nos encontramos con lo que ha ocurrido al día siguiente de las elecciones: “La luz digital parpadea números de color verde. Mis patas asoman debajo de la cama. Tuve un sueño extraño donde era un solitario ser humano en un solitario y extraño lugar.” (Payeras 116). De esta forma nos damos cuenta de la imposibilidad de escape que sufre el protagonista de la novela. El día de las elecciones representaba su última oportunidad para evitar la metamorfosis y acoplarse definitivamente al presentismo absoluto en el que se inscribe el neoliberalismo. El personaje asume su fracaso y se arroja a la transformación. Olvida todo lo ocurrido, deja de lado el hastío y asume su nueva vida, “Hoy me siento perfecto, todo está en su lugar. Todo en el sitio correcto” (Payeras 117), son las últimas palabras de la novela.

El texto de Payeras nos ayuda a entender de mejor manera las transformaciones políticas y soberanas que han tenido lugar en Guatemala a partir de los años noventa. Principalmente porque nos introduce en una atmósfera cargada de una profunda sensación de simulacro, donde el rito ha pasado a reemplazar a la función referencial y “real” de cualquier acción. Pensando el desarrollo

de la novela como un todo, podemos entenderla como la búsqueda por una respuesta, por poder entender lo que está ocurriendo en el país. El personaje se resiste a lo que lo rodea, intenta por todos lados poner en pausa su transformación, sin embargo, termina cayendo en el abismo. La novela no es optimista, en lo absoluto, sino que transmite, más bien, una atmósfera de la cual resulta aparentemente imposible escapar. La única salida es asumir la transformación y convertirse en un insecto.

Lo anterior resulta muy importante para poder aproximarnos a los diversos acontecimientos que han tenido lugar en el país recientemente. Entender la omnipresencia del neoliberalismo y su construcción como atmósfera inescapable nos permitirá dar un paso al costado e intentar hilar una visión crítica de los recientes sucesos del año 2015, en los que al parecer no había tanto en juego como muchos creyeron en su momento. Así, una vez que hemos relativamente delimitado las condiciones y posibilidades políticas que parece ofrecer la actual democracia en Guatemala, sería importante detenernos un momento en algunas manifestaciones previas que han ocurrido en el país durante los últimos años, las que por algún motivo, no tuvieron los resultados esperados.

En el reciente libro de Paul Almeida, *Mobilizing Democracy. Globalization and CitizenProtest* (2014), nos encontramos con un capítulo dedicado a las movilizaciones que han tenido lugar en Guatemala en los últimos treinta años. Si bien el autor menciona brevemente algunos casos de protestas durante los años ochenta, el énfasis está dado principalmente en los movimientos anti-neoliberalismo que han ocurrido en Guatemala a partir del año 2000. Los cuatro casos que cita (las marchas contra el alza de impuestos del 2001 y 2004, la oposición al tratado de libre comercio centroamericano [CAFTA] y las protestas en contra de los monopolios energéticos así como la extracción de minerales), comparten dos elementos en común. El primero de ellos, el ser manifestaciones directas en contra de diversas políticas neoliberales emanadas desde el Estado. El segundo, que *todas ellas fracasaron*. Si bien cada uno de estos casos permitiría un análisis individual exhaustivo, lo importante de entenderlos dentro de un todo permite ejemplificar algo bastante claro. A la fecha, ninguna manifestación ciudadana, por masiva o violenta que haya sido, ha logrado que alguna política neoliberal eche pie atrás. Los

impuestos se subieron un total de cinco puntos en menos de cuatro años, Guatemala entró al Tratado de Libre Comercio Centroamericano y los monopolios energéticos quedaron intactos y persisten hasta el día de hoy.

Sin embargo, estas protestas fallidas nos dicen varias cosas sobre la posibilidad de la acción política en el marco de la postsoberanía, sobre todo porque nos proporciona un buen ejemplo de las consecuencias que tiene el cuestionamiento de la “ley del padre” del capital. Algo transversal en estas manifestaciones fue la violenta represión policial y militar. Durante estas protestas no sólo hubo cientos de heridos y detenidos, sino también personas asesinadas por la policía. El hecho más recordado ocurrió el 4 de octubre del año 2012, cuando miembros del ejército de Guatemala dispararon contra diversos indígenas que se manifestaban en contra del monopolio energético y las alzas en las cuentas de luz. El resultado fueron seis personas asesinadas y decenas de heridos.³ Esto viene a confirmar el rol central que juega la violencia del Estado-mercado en el marco del neoliberalismo, la que no ha desaparecido bajo ningún punto de vista. En palabras de Cabezas, el nuevo Estado de la postsoberanía

es aún más violento que el Estado moderno y más capaz de controlar técnicamente cualquier flujo de emanación de insurgencia subalterna que cuestione los flujos desterritorializados “globalmente” y reterritorializados “localmente” en el espacio del consumo planetario de mercancías (16).

La violencia del Estado, como se aprecia en el caso citado, no se orienta hacia una defensa del aparato estatal mismo, puesto que reconoce que su monopolio sobre la violencia ha pasado a ser compartido por el mercado, sino que más bien se enfoca en reprimir cualquier tipo de foco insurgente que se atreva a poner en duda la ley del padre rearticulada en su forma neoliberal.

Visto lo anterior, cabe ahora preguntarse seriamente, ¿qué ocurrió distinto en el 2015? ¿Por qué no hubo muertos ni heridos en las multitudinarias protestas? Mi primera respuesta sería que en las manifestaciones del 2015 había muy poco en juego. Muy poco se ganó con la renuncia de Pérez Molina y, quizás, mucho más se perdió. Como sabemos, el origen de las protestas tuvo

³ Para más detalles de este caso, ver Falla.

lugar a partir del descubrimiento de una red de corrupción y apropiación ilícita –conocida como “La línea”– en la que se vio involucrado tanto Pérez Molina como su vicepresidente Roxana Baldetti. Tras los primeros días de manifestación, Baldetti renunció a su cargo, y Pérez Molina declaró por cadena nacional que él no lo haría. Sin embargo, conforme avanzaron las semanas, las marchas aumentaron sus convocatorias, el presidente fue desaforado con el apoyo de su propio partido, y finalmente terminó renunciando y enfrentando a la justicia. Al decir que había muy poco en juego en las protestas del 2015 quiero decir que, sin importar el resultado de estas, no se arriesgaba ninguna gran transformación. La renuncia de Pérez Molina no contribuiría en nada, y de hecho no lo hizo, a los cargos por violaciones de derechos humanos en su contra, ni mucho menos a generar alguna posibilidad de cambio al neoliberalismo imperante en el país. En otras palabras, lo único que había sobre la mesa en esta coyuntura era la cabeza del propio Pérez Molina. Pensar que la renuncia de un presidente en ejercicio significa una transformación importante al interior de un país es no entender las transformaciones soberanas que han tenido lugar en las últimas décadas. Pérez Molina, Baldetti, o cualquier otra persona son sin duda sacrificables en el gran altar del capitalismo transnacional.

Visto de otra forma, podríamos incluso decir que la renuncia forzada de Baldetti y Pérez Molina, junto con el clamor nacional que lo sucedió, no representa otra cosa que el triunfo absoluto del Estado-mercado y de la postsoberanía como forma de dominación neoimperial. Lo anterior se respalda en el hecho de que las protestas tuvieron una consecuencia clara y evidente: se convirtieron en una causa de unificación nacional. Esto quedó en evidencia en la huelga nacional del 27 de agosto, en la que grandes marcas transnacionales como *Domino's* junto a cientos de empresas y negocios locales cerraron sus puertas para exigir la renuncia de Pérez Molina. De esta forma, cuando ocurre la renuncia y la gente sale a las calles con sus banderas a festejar el triunfo del país, todo parece haber regresado a la normalidad. Lo único que importaba era sacar del poder a quien era considerado como un delincuente común. Por lo tanto, más que generar algún tipo de desestabilización general, lo que las protestas generaron fue la reafirmación de la dominación actual: aceptar la democracia como simulacro y la creencia en la soberanía de

los ciudadanos pese a los sobrados ejemplos que demuestran lo contrario. En otras palabras, si alguien, o algo, fue realmente beneficiado con la renuncia de Pérez Molina, fue el capitalismo transnacional y su despolitización. En el momento en que Pérez Molina deja su cargo, su renuncia se inscribe en la historia nacional como la reparación de un problema puntual, como el enderezamiento de una desviación moral de carácter personal que poco tiene que ver con la intachable historia reciente del republicanismo patrio (o de la “transparencia” de las instituciones, como dijo Alejandro Maldonado). La comunidad nacional neoliberal festeja su triunfo y da por superado el problema. Se celebran nuevas elecciones a los pocos meses y un comediante sin carrera política, pero apoyado por los sectores conservadores, alcanza la presidencia. Todo ha terminado.

Finalmente, lo anterior nos lleva a preguntarnos por el carácter “pacífico” de las protestas, que fue sin duda una de las características más aplaudidas por los diversos manifestantes. Creo que si estas movilizaciones fueron efectivamente pacíficas su explicación no radica en la ausencia de desmanes, incendios, muertos y detenidos (o cualquier otra forma de “violencia subjetiva”, como diría Slavoj Žižek⁴), sino más bien, utilizando la fórmula de Walter Benjamin, a que no hubo en ellas ninguna intención ni de refundar ni de preservar la ley⁵. Si esto es así, la huelga nacional del 27 de agosto poco tiene que ver con la huelga general que imagina el filósofo alemán, puesto que más que preservar o refundar la ley, lo que aquí encontramos es un profundo respeto por la ley del padre del capitalismo transnacional, el que, de cierta forma, se orienta hacia su preservación, pero sin caer en las formas tradicionales de conservación de esta (como la violencia que tuvo lugar en la represión de las manifestaciones anti-neoliberalismo que ya hemos señalado). En otras palabras, podemos pensar que las protestas recientes en Guatemala guardan

⁴ Para Žižek, existen dos formas posibles de violencia. Por un lado, lo que él denomina como violencia subjetiva, la cual “is experienced as such against the background of a non-violent zero level [...] as a perturbation of the ‘normal’ state of things” (2). Y por otro, la violencia “objetiva” que “is precisely the violent inherent to this ‘normal’ state of things” (2).

⁵ Benjamin afirma que existen dos tipos de violencia: Una, en la cual la violencia funciona como creadora de derecho, otra, en la cual opera como conservadora del derecho (ver 29-30). Estas dos funciones serían las características de la violencia como medio, y en caso de alejarse de ellas estaría renunciando a toda validez. Lo anterior permite una sentencia relativamente clara: “toda violencia empleada como medio participa de la problemática del derecho en general” (33).

una importante relación con la democracia neoliberal como simulacro, tal como hemos visto en la novela de Payeras, ya que la sensación que nos dejan estas manifestaciones no es otra que el carácter ilusorio de la acción política. Las movilizaciones del 2015 fueron exitosas porque no amenazaban y/o cuestionaban casi nada. Sin embargo, en el momento en que estas protestas logran recubrirse de un aire transformador al recordar el triunfo de la revolución de 1944, esta manifestación se posiciona, discursivamente, como uno de los máximos triunfos de la ciudadanía en las últimas décadas. De esta forma, las diversas voces que reproducen el carácter liberador de las protestas ocultan su carácter de simulacro, y por ende, desconocen (consciente o inconscientemente) la limitación en la acción política y en el ejercicio soberano introducido por el neoliberalismo. Esta prueba del triunfo de la política como simulacro, reflejado en la protesta neoliberal como *performance*, es quizás, y lamentablemente, la mayor enseñanza de las movilizaciones que trajeron consigo la renuncia de Pérez Molina.

Bibliografía

“Acuerdo de paz firme y duradera.” *Guatemala en las Naciones Unidas*. <<http://www.guatemalaun.org/paz.cfm>> (17 de abril 2016).

Almeida, Paul. *Mobilizing Democracy. Globalization and Citizen Protest*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2014.

Baudrillard, Jean. *Cultura y simulacro*. Trad. Pedro Rovira. Barcelona: Editorial Kairos, 1978.

Benjamin, Walter. “Para una crítica de la violencia”. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*. Trad. Roberto Blatt. Madrid: Taurus, 1991. 23-45.

Booth, John, et al. *Understanding Central America. Global Forces, Rebellion, and Change*. Sexta edición. Boulder: Westview Press, 2015.

“BTI 2014 Regional Report LatinAmerica and the Caribbean.” *BTI*. <<https://www.bti-project.org/en/reports/regional-reports/latin-america-and-the-caribbean/>> (17 de abril 2016).

Cabezas, Oscar Ariel. *Postsoberanía. Literatura, política y trabajo*. Buenos Aires: La Cebra, 2013.

Cortez, Beatriz. *Estética del cinismo. Pasión y desencanto en la literatura centroamericana de posguerra*. Guatemala: F&G Editores, 2010.

Falla, Ricardo. “Toto, 4/10/12: Primera masacre del ejército tras la firma de la Paz”. *Plaza Pública* 13 de noviembre 2012. <<https://www.plazapublica.com.gt/content/toto-41012-primera-masacre-del-ejercito-tras-la-firma-de-la-paz>> (17 de abril 2016).

Harvey, David. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Ediciones Akal, 2007.

“Maldonado compara su Gobierno con la revolución cívico militar de 1944.” *Agencia Efe* 4 de setiembre 2015. <<http://www.efe.com/efe/america/politica/maldonado-compara-su-gobierno-con-la-revolucion-civico-militar-de-1944/20000035-2704618>> (17 de abril 2016).

Montenegro, Gustavo Adolfo. “Crónica de una caída con sabor a 1944”. *Prensa Libre* 3 de setiembre 2015. <<http://www.prensalibre.com/guatemala/justicia/cronica-de-una-caida-con-sabor-a-1944>> (17 de abril 2016).

Payeras, Javier. *Limbo*. Guatemala: Magna Terra Editores, 2011.

Villalobos-Ruminot, Sergio. *Soberanías en suspenso. Imaginación y violencia en América Latina*. Buenos Aires: La Cebra, 2013.

Žižek, Slavoj. *Violence: Six Side Ways Reflections*. New York: Picador, 2008.